

## ¿ES POSIBLE UNA SOCIOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN?

La vía propia de acción, ciencia y cultura, incluye la formación de una ciencia nueva, subversiva y rebelde, comprometida con la reconstrucción social necesaria, autónoma frente a aquella que hemos aprendido en otras latitudes y que es la que hasta ahora ha fijado las reglas del juego científico, determinando los temas y dándoles prioridades, acumulando selectivamente los conceptos y desarrollando técnicas especiales, también selectivas, para fines particulares.

Hace apenas unos pocos años no era posible hablar en estos términos, escribir sobre una disciplina comprometida, ni mucho menos postular una ciencia rebelde y subversiva. He aquí que ésta parece ser una de las consecuencias de la agudización de la crisis de todo orden por la que pasa la América Latina. Las estructuras políticas, económicas, ideológicas y culturales sufren tensiones cada vez más fuertes, y estas tensiones sacuden y cuartejan las torres de marfil en que preferían acomodarse los científicos. No hay ahora escapatoria posible, y quienes salen de esas torres a respirar el aire del cambio tienen que hablar un nuevo lenguaje científico, y sobre temas inusitados, quizá espeluznantes, aparentemente anticientíficos porque no encajan dentro del molde de lo *normal* que nos viene de otros territorios o de nuestros antiguos grupos de referencia.

Uno de esos campos nuevos para la sociología sería, indudablemente, el de la *liberación*, es decir, la utilización del método científico para describir, analizar y aplicar el conocimiento para transformar la

sociedad, trastocar la estructura de poder y de clases que condiciona esa transformación y poner en marcha todas las medidas conducentes a asegurar una satisfacción más amplia y real del pueblo.

Ya pueden verse las arrugas en frentes venerables y las cejas ceñudas de los críticos que pertenecen a la tradición "respetable" de la ciencia internacional. ¿Una "sociología de la liberación"? ¿Dónde encaja esa tal disciplina? ¿Por qué no se sigue hablando del *status-roles*, de función, del pequeño grupo? Precisamente, por razones de prioridad e importancia. No hay ninguna causa lógica que nos haga pensar que el problema de la "difusión de innovaciones", por ejemplo, sea más o menos importante que el de la "liberación", a menos que aceptemos el criterio sobre prioridades que imponen los sociólogos rurales norteamericanos y europeos. Pero la escala de valores es o debe ser distinta en estos países críticos, y quizá no haya persona consciente que niegue la importancia que para todos sus habitantes tenga el proceso histórico, social y político que pueda llevarles a una posición autónoma y digna, es decir, a su liberación. Nada podría ser más vital en este momento para la colectividad. Por lo mismo, ¿por qué no se justificaría entonces hablar de una sociología del proceso liberador y, aún más, trabajar para que el proceso se acelere y así aprender más de la sociología aplicada como ciencia a la liberación? Por fortuna, las barreras del prejuicio se están rompiendo y ya se pueden ver horizontes más amplios. Un buen ejemplo lo constituye el opúsculo que ha publicado en la Argentina el distinguido ingeniero Oscar Varsavsky, titulado *Ciencia, política y científicismo* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969), en el que propone una ciencia rebelde y "hacer ciencia guerrillera", aplicable no sólo a lo social y económico sino también a lo físico, exacto y natural. "La misión del científico rebelde —dice— es estudiar con toda seriedad y usando todas las armas de la ciencia los problemas del cambio de sistema social, en todas sus etapas y en todos sus aspectos teóricos y prácticos. Esto es, hacer ciencia politizada". Sostiene que esto no es destruir la ciencia, sino enriquecerla; no es negar su universalidad, sino precisamente llegar a ella a través de la originalidad impuesta por las realidades locales; no es producir por producir, como robots dentro de una economía de consumo, sino como seres pensantes animados por un verdadero espíritu de servicio; no es seguir las reglas del juego ni los criterios de importancia fijados en otras latitudes, sino fijar los propios y actuar en consecuencia. Una ciencia rebelde va en contra de la rutina amiga de lo extranjero, entroniza la crítica inteli-

gente, batalla contra el colonialismo en todas sus formas (como el integracionismo de la OEA) y estimula la formación de frentes interdisciplinarios en respuesta a las complejidades que plantea la crisis. Su justificación es la investigación del proceso de toma del poder y la construcción de un nuevo sistema social. Por eso, en esa ciencia nueva no podrán participar sino científicos rebeldes, politizados, "a quienes poco importa sacrificar su carrera científica dentro del sistema, y que saben (tener en cuenta) esas condiciones ambientales: intereses hostiles y falta de fondos".

¿Ni qué decir en cuánto Varsavsky tiene la razón! Sus preocupaciones son las de un verdadero hombre de ciencia, animado por el presente y el futuro de su pueblo, haciéndose las preguntas más pertinentes, levantando dudas sobre lo esencial y lo secundario en la ciencia en el momento actual. En efecto, la misión de la ciencia en una sociedad como la nuestra consiste en "participar directamente en el proceso de reemplazarla por otra mejor, y en la definición e implementación de ésta".

La sociología debe reflejar, más que la física y la ingeniería, esas preocupaciones científicas. Por fortuna, los síntomas de apertura siguen acumulándose con rapidez. Ya en un congreso internacional de sociología rural, realizado en Enschede (Holanda) en agosto de 1968, empezaron a escucharse voces discordantes del tercer mundo. Se trató allí, en especial, el tema del adiestramiento de los sociólogos. Tomando la voz de América Latina hice la siguiente exposición, que he complementado en algunos de sus aspectos para hacerla más clara y pertinente:

En las actuales circunstancias históricas, el adiestramiento de sociólogos (y de otros científicos sociales) en la América Latina afronta un problema ideológico abrumador. Es un problema de orientación en la política científica que implica abrir o cerrar las puertas a la creatividad y la originalidad de nuestras gentes.

Si se acepta la premisa general de que las concepciones científicas están inevitablemente condicionadas por —y ligadas a— la estructura de la sociedad en la cual son concebidas, el sociólogo latinoamericano de hoy en casi todos nuestros países no puede dejar de reaccionar ante las dramáticas incongruencias e inconsistencias sociales que le rodean. Mientras más conciencia tiene de la conexión entre conocimiento y conflicto, más efectivo puede llegar a ser, bien como científico o como miembro de la comunidad. Esta tesis no es nueva: fue expuesta por Dilthey y Cooley, entre otros, quienes la practicaron.

Por lo tanto, un objetivo lógico del adiestramiento en ciencia social en estos países sería ayudar a los estudiantes a alcanzar una nueva dimensión de la objetividad científica: aquella derivada del estudio de las situaciones reales de conflicto y desajuste presentes en la sociedad, y de su participación activa en tales situaciones para buscar la liberación de esa misma sociedad. Esto es, estudio y acción combinados para trabajar contra la condición de dependencia y explotación que nos ha caracterizado, con todas sus consecuencias degradantes y opresivas expresadas en la cultura de la imitación y de la pobreza, y en la falta de participación social y económica de nuestro pueblo.

Es claro que en el caso cubano nos vemos ante otro horizonte. Allí se encuentra la sociedad en otra etapa, la de la reconstrucción, y por lo mismo sus urgencias científicas son otras: las de la superación. Pero aun en ese país subsiste la disyuntiva política que llevaría a la experimentación y a la creación de algo nuevo en las ciencias sociales, si se permite que aparezcan y se mantengan las coyunturas favorables. Este reto especial a los cubanos proviene del hecho obvio de que rompieron el marco institucional que ha limitado el remozamiento de la ciencia en el resto de América Latina. Por eso las posibilidades que se les abren de ser genuinamente creadores e innovadores son muy grandes. Estas posibilidades aumentan cuando los marcos de referencia con que trabajan no son importados, sino que se basan en la propia realidad y se enriquecen mucho más cuando logran echar raíces en la América Latina, dentro del contexto actual de su crisis. Por ejemplo, en Cuba se puede hacer con relativa facilidad (porque no hay muchos intereses creados fuertes) una ciencia social verdaderamente interdisciplinaria: esto sería una novedad en cualquier parte del mundo. Con esta ciencia social interdisciplinaria — quizá pueda llamarse sociología, pero de nuevo cuño — se podría no sólo articular diversas explicaciones de la revolución que ilustren el proceso ante propios y extraños, sino seguir siendo útil a la causa revolucionaria.

Pero esta ciencia nueva no puede alcanzarse si se insiste en seguir los diseños funcionalistas y las manías metodológicas norteamericanas y europeas que han encontrado un nuevo canal de difusión en la Unión Soviética y en otros países socialistas, donde el prurito de ponerse al día (además de otras razones de índole cultural) les ha hecho relegar el marxismo y olvidar la bondad de otros métodos clásicos de investigación social más a tono con el ambiente y la realidad revolucionarias o prerrevolucionarias, en Cuba y en nuestros países.

Semejante desarrollo científico frustraría la potencialidad creadora cubana e impediría a su revolución proyectarse en el campo científico-cultural sobre el resto de América Latina /1/.

En cuanto a los otros países latinoamericanos que todavía deben romper sus marcos políticosociales, entender bien el problema de la objetividad es fundamental.

Generalmente se confunde la objetividad con la indiferencia ante situaciones reales en que pueda verse envuelto el hombre de ciencia. Pero aun Max Weber, el pontífice en esta materia, ha aceptado que tal posición es errónea, ya que la indiferencia en este sentido equivale a estar comprometido con el *statu quo*. Para superar esta trampa ideológica, el buen científico social generalmente da un paso metodológico adicional, combina los modelos sincrónicos de corte seccional con los del proceso social e histórico, diacrónicos. Si esta combinación es aceptable en universidades importantes de otras partes, se torna aún más indispensable para entender la situación contemporánea en América Latina, y para sentar allí las bases de un sólido adiestramiento social en este campo.

El adiestramiento sociológico por lo regular ha estado limitado, como norma, a dar interpretaciones estructurales que han reflejado la idealización de las respectivas sociedades en las cuales funcionan las universidades. Con algunas excepciones muy recientes, los *pensum*, cursos e investigaciones de centros universitarios en países avanzados (aun en la URSS) reflejan en gran parte esta orientación estática, en la cual el "orden" y la "funcionalidad" son las normas supremas.

Desde luego, "orden" y "función" no son características notorias de los países en desarrollo. Por lo tanto, la orientación ofrecida en los países avanzados a estudiantes venidos de aquellas regiones subdesarrolladas generalmente no es suficiente. Éstos llegan impulsados por cuestiones que tienen su origen en las realidades dinámicas de su sociedad, y con frecuencia abrigan la idealista intención de hacer algo tangible para mejorar las condiciones sociales y económicas de su pueblo. Debido a la orientación incompleta que reciben obtienen sólo respuestas parciales a aquellas cuestiones: los temas ofrecidos en las universidades "avanzadas" pueden resultar insulsos, y las técnicas de investigación aprendidas allí pueden ser ineficaces al aplicarse a las realidades de su propia tierra.

1. Ver mesas redondas en la Universidad de La Habana, 7 y 8 de octubre de 1969.

Este problema de orientación abre por lo menos dos cursos de acción complementarios: 1) modificar las ideologías, los *pensum* y los marcos de referencia investigativa en las universidades de los países avanzados, con el fin de reflejar la necesidad de entender la revolución, el conflicto y el cambio social, tanto en el propio país como en el extranjero, y 2) establecer escuelas para graduados en naciones en desarrollo, las que intentarían construir autónomamente sus métodos y filosofías científicas para manejar los problemas sociales que les atañen y así transmitir a los estudiantes actitudes nuevas y más dignas hacia sus realidades nacionales.

El primer curso de acción (modificar la ideología, los *pensum* e intereses en los países avanzados) significa crear disidencia dentro de las actuales instituciones de educación superior. A juzgar por hechos recientes en Europa y en los Estados Unidos, el proceso de disidencia ha venido ganando terreno. Esto parecería positivo, porque podría estimular la creación de una antiélite intelectual en aquellos países avanzados, que pudiera acercarse espiritualmente a los grupos que se han rebelado por justa causa en el tercer mundo, y llegar a entenderlos. Este descubrimiento de identidad de propósitos de cambio social en diversos contextos puede justificar la colaboración internacional y los programas de intercambio entre científicos y estudiantes de naciones más o menos desarrolladas, siempre y cuando, además, la antiélite intelectual de las naciones desarrolladas libere su propia batalla contra la injusticia económica internacional y contra el aparato de "contrainsurgencia" que limita la independencia de nuestros países. Estas actitudes políticas también condicionan la investigación y la docencia, como ha sido amplia y tristemente comprobado en los últimos años.

Pero visto desde el ángulo de las naciones en desarrollo, el segundo curso de acción (estimular la creación nacional de escuelas independientes) es más eficaz y conveniente. Este curso significa, ante todo, poner fin a la imitación, a menudo ciega, de modelos y temas incongruentes concebidos en otras partes y para situaciones diferentes. Significa disminuir el servilismo y el colonialismo intelectual de los que vivimos en países en desarrollo, sin caer, naturalmente, en el defecto de la xenofobia. Significa sentar bases firmes para hacer una "sociología de la liberación" en nuestro continente, que incluya el examen de los procesos y mecanismos de la toma del poder por las clases populares, la búsqueda de nuestra razón de ser y una explicación propia de nuestras realidades, especialmente de aquellas que

aparecen en los trópicos y subtrópicos hoy tan mal utilizados y tan poco comprendidos, que ayudarían a que aquellos procesos se desarrollaran con eficacia y prontitud.

Pienso que el estudiante que lograra esta orientación llegaría a prepararse insuperablemente para hacer contribuciones fundamentales al progreso de su sociedad y de la ciencia. Pero ésta no es una vía fácil: exige labor ardua y gran constancia y disciplina. El estudiante aquí descrito debe ser capaz de manejar las técnicas de los países avanzados, y al mismo tiempo debe tener suficiente ingeniosidad, sentido común y seriedad para diseñar sus propios instrumentos con el fin de "llegar al nivel de los hechos". Por lo tanto, debe desarrollar una mentalidad capaz de realizar simultáneamente dos tareas: adoptar e innovar, y pulir una personalidad capaz de combinar el pensamiento y la acción.

No hay duda de que esto es difícil; pero no debe ser imposible. De otra manera no podría explicarse la inventiva en los países hoy dominantes, que una vez estuvieron más atrasados que la América Latina, España o Portugal.

En resumen, opino que el adiestramiento en ciencias sociales para la América Latina debe incluir la investigación autónoma e independiente de los hechos sociales del área, estimulando el pensamiento creador y la originalidad para liberarnos de antiguas o presentes tutelas de toda clase. Esto es indispensable, porque las realidades encontradas son de un tipo conflictivo y discreto sobre el cual se conoce muy poco en los países avanzados de donde se difunden las pautas científicas; las metodologías y orientaciones ofrecidas en estos países pueden ser parcialmente contraproducentes. En cambio, de la observación directa y de la intervención personal en los procesos del cambio profundo, muchas veces revolucionarios —tan característicos de las regiones en desarrollo—, pueden derivarse las más valiosas contribuciones al conocimiento sociológico, siempre y cuando se trabaje en ello con seriedad y disciplina.

"Por lo tanto, impulsar activamente el logro revolucionario de una sociedad superior a la existente puede brindar, en fin de cuentas, el mejor tipo de adiestramiento sociológico en el momento actual."

Cejas que se fruncen, voces airadas que se levantan en el público, amenazas de pérdida de empleo. *E pur si muove*. La tendencia sigue marcándose, para llegar a una expresión concreta en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, en México, en noviembre de 1969. Si

en alguna forma puede catalogarse ese congreso habrá de ser como la culminación de una actitud intelectual de real compromiso con el cambio social, con la acción necesaria para transformar revolucionariamente la sociedad latinoamericana, sin perder la rigurosidad científica. La idea de *crisis* saturó ese congreso como nunca antes, llevando a sus participantes a apoyar la ciencia rebelde. La declaración final es muy elocuente. Además de condenar la represión policiaca, militar y política, reclamar la libertad de presos políticos y señalar la intervención del imperialismo como un factor responsable de las condiciones de dependencia que nos ahogan, los sociólogos presentes proclamamos:

“En la fase actual de crisis y de transición hacia una nueva forma de vida económica, social y política, los países de América Latina necesitan de la colaboración crítica de los especialistas en ciencias sociales, en los diversos procesos históricos de transformación social. Por esto, no anhelamos regalias académicas ni privilegios sociales, sino el derecho de ejercer nuestras actividades de enseñanza y de investigación con plena identificación con los intereses y angustias de nuestros pueblos. Queremos y exigimos la existencia normal de condiciones de trabajo que permitan convertir las ciencias sociales, en nuestros países, en instrumento de conciencia crítica, en factor de autonomía cultural y política y en medio de lucha contra la miseria y las desigualdades sociales. Nuestro objetivo más amplio consiste en poner las ciencias sociales al servicio de los derechos fundamentales del hombre y de la creación de formas auténticas de democracia económica, social y política.

“Estos objetivos son esenciales tanto para el desarrollo autónomo y la integración de los países de América Latina como para la reorganización de las universidades y para el progreso de las ciencias sociales en una perspectiva latinoamericana. Por esta razón defendemos tales objetivos, conscientes de que formamos parte de los pueblos latinoamericanos y de que somos sus actores intelectuales en los procesos de cambio social.”

La “sociología de la liberación” queda así lanzada, enmarcada por la máxima entidad sociológica regional. Se vindica una posición. Se abren nuevas perspectivas. El sentido de autonomía crece a medida que se reenfoca la temática y se la relaciona con la crisis.

He aquí un concepto clave para la sociología de la liberación: ¿Qué es crisis? ¿Cuál es nuestra crisis? El congreso trató también de

contestar estas preguntas inusitadas, rompiendo así otra tradición: la del formalismo sociológico estilo euronorteamericano, donde tales temas tabúes no se tratan.